

## NUEVA FASE EN EL INTERMINABLE PROBLEMA MARROQUI

### I

**A**ÚN existen gentes que se complacen morbosamente en la prolongación —y aun en el agrandamiento— de los problemas internacionales, por móviles muy variados, distintos del disculpable de obtener algún beneficio. Así sucede con el frecuente caso de los que se alegran del trastorno ajeno, porque causa un perjuicio a otro Estado con el que mantienen querellas, o con el que se han mantenido, o con el que tienen una relación considerada como concurrente. Incluso a veces sólo porque les permiten prolongar sus maniobras. Nosotros no nos alegramos nunca de las dificultades francesas en Marruecos, pese a que con ello parecería que no hacíamos sino corresponder al trato recibido en muchos períodos de tempestuosas relaciones interpirinaicas. Algún observador podría deducir —con mayor o menor acierto— que tales dificultades representaban «una oportunidad» para el incremento de la influencia española en Marruecos, violenta y artificiosamente anquilosada desde 1904. Nuestras razones para no perder la ecuanimidad ante los acontecimientos marroquíes son claras. Esos acontecimientos han supuesto el derramamiento de mucha sangre, inocente y culpable. Tanto por la parte marroquí como por la francesa; y suponen la acumulación de ruinas, miserias, pasiones y odios que nada bueno auguran para nadie. Allá con su responsabilidad quienes sigan practicando la política del «perro del hortelano» y del «avestruz»; nosotros creemos en la solidaridad de los intereses de los pueblos —y más siendo vecinos y parientes— y en que no existe problema internacional, por arduo que sea, que no admita una solución acorde con la Justicia dentro de un minimum de satisfacciones de los pueblos interesados.

Ahora bien, la ecuanimidad es diferente de la tontería y de ésta en el terreno internacional constituye una aplicación típica la sumisión incondicional al criterio ajeno, sólo porque procede del más fuerte, del más audaz o del más vocinglero. Aplicación que no ha faltado, por desgracia, en las relaciones entre los países protectores en el Magrib-Al-Aksa —o a propósito del Magrib— por lo que para ciertos sectores (por fortuna ya decrecientes) mal acostumbrados a los precedentes cómodos, la decidida conducta seguida de 1936 a 1955 por España constituía algo insólito e intolerable. Estos mismos sectores aprobaban en cambio, inconsecuentemente, la política unilateral de hechos consumados, contra los que los marroquíes y los españoles poco podían oponer. Para otros el cambio de circunstancias mundiales —estamos acabando 1955 y no en 1912 ni 1919—, supuso un factor de perturbación y desorientación, contra el que reaccionaron con más ruido que éxito, intentando parar el curso de la Historia. Añadamos que, sin embargo, en los últimos cinco años no han cesado de crecer las gentes comprensivas de la actitud española, y de la necesidad de la armonía con el vecino.

Escribimos todo lo anterior a propósito de las nuevas fases en la evolución del interminable problema marroquí. Interminable no porque haya de serlo así fatalmente, sino por la interferencia de añejos factores de complicación, aún no eliminados. Todo el mundo sabe que la solución definitiva del problema marroquí consiste en que la independencia de Marruecos sea real, completa, respetable y respetada; sin falsificaciones ni mistificaciones, llámense protectorado, asociación, cosoberanía o interdependencia libremente (?) pactada. Y sin que represente un retroceso a la anarquía anterior a 1912, agravada por los nuevos medios de subvención. No queremos decir que un Marruecos independiente no haya de tener muchos y hondos problemas, varios de ellos de rápida repercusión internacional. Pero de modo ineludible la solución previa y de conjunto para el mayor de los problemas marroquíes en el presente aparece ligada a la independencia cuya concesión enfrentará a los marroquíes con tremendas responsabilidades que acreditarán su madurez para gozarla. En tal premisa coincidimos públicamente los marroquíes y los españoles; y

coinciden muchas personas de distintas nacionalidades que ven las cosas claras, aunque no lo hayan manifestado por impedimentos muy variados, hasta fecha reciente. No importa: nunca es tarde para escoger un camino acertado, en el que no pretendemos privilegios ni monopolios.

### III

Las últimas —hasta la fecha en que escribimos— etapas del problema marroquí, parecerían (examinadas superficialmente) incomprendibles. Deposición violenta del soberano marroquí, entronizando en la zona cherifiana otro de «repuesto», así como numerosas autoridades colaboracionistas, mientras se perseguía implacablemente —siempre en dicha zona— a la masa disconforme, que se defendía oponiendo al terrorismo oficioso el suyo propio, el *boycot* económico y hasta la lucha abierta —con abierta posición de inferioridad— en las montañas. El grupo instigador de la política de represión atacó a España a causa del ejemplo «perturbador» que daba en su zona, manteniendo la paz, el respeto a los Tratados y a los sentimientos del pueblo protegido. Las pasiones desencadenadas inventaron las más absurdas acusaciones como «secesionismo potencial» y ayuda a los disidentes. Luego al llegar a un punto insostenible de esa política se procedió a una teatral *volte face*: retorno del Sultán («que no volvería jamás», según las palabras contenidas en solemnes declaraciones y documentos) acogido con ceremonias efusivas por parte de algunos que dos años antes lo secuestraban y exilaban, y con espectaculares manifestaciones de arrepentimiento y perdón por parte de los cómplices «autóctonos» (en este caso la palabra está bien empleada, por la mentalidad colonial de los colaboracionistas). Pero entre tanto, es decir, en el desarrollo de esta fase, se fué perfilando una unidad de objetivos del pueblo marroquí —excluyendo las escasísimas excepciones que confirman a todo ejemplo como regla general— tan sin precedentes desde tiempo inmemorial que alarmó a los políticos del país protector conscientes de lo que suponía. Sólo que acertaron a medias en la predicción del futuro. Difundióse un razonamiento optimista y sencillo: si el Sultán, soberano absoluto, y símbolo de las aspiraciones marroquíes, era repuesto y bien tratado, no sería difícil envolverlo en habilidosas fórmulas diplomáticas para conseguir sustancialmente, por

medios azucarados, lo que por el terror fracasó. Pero el Sultán era y es un símbolo exaltado en función de un ideal y de unos objetivos. Anticipamos que el pueblo marroquí —al que creemos conocer bien psicológicamente como afín a nuestro *substratum* iberobereber— es demasiado viejo para soportar un engaño colectivo por más de un fugaz período. Si creyera que los hechos no seguían a las palabras, sabría a qué atenerse. No fué por palabras por lo que dió su sangre en el Rif, en el Atlas y en las *medinas*. En cuanto a los españoles, franceses y marroquíes debieran conocer que nuestro temperamento sensible no supone la ingenuidad que a veces padecemos; pues siempre hemos acabado por ver claro y por obrar adecuadamente dentro de los medios a nuestro alcance, que muchas veces fueron insuficientes.

#### IV

Durante la época de la represión los franceses actuantes tuvieron igual interés en prescindir del pueblo marroquí que en apartar a España de sus proyectos en torno al Imperio. Planes contumazmente giratorios en torno al fin de absorber a Marruecos creando una Argelia Atlántica. Tal idea arrancó de 1862, la época en que Prévost-Paradel lanzaba una singular versión del «manifest destiny» sobre el futuro del Magrib y se prosiguió en los tratados de 1904 —reparto del Imperio a cambio de Egipto con Inglaterra— y de 1912, firmado por el Sultán en condiciones de dudosa opción para discutir. Tras varias alternativas, después de 1944 llegó a considerarse tal objetivo propicio para madurar. Pero Marruecos resultó demasiado duro de digerir, y ahora para salvar todo lo conservable —el acaparamiento de tierras y aguas por los colonos, los monopolios mineros e industriales por los financieros y las ventajosas preferencias en lo mercantil y en lo burocrático—, se trata de llegar a una situación definida por la confusa frase de «independencia dentro de una interdependencia libremente consentida pero eterna», que suponga el sacrificio de ciertas ingerencias —gratas a la vanidad más que al provecho y a la postre enojosas— en materias de administración directa, típicamente domésticas, asegurando a cambio los grandes intereses y los poderes supremos. Algo así como lo que han representado los acuerdos de 5 de junio de 1955 con Túnez. Fórmula que como arreglo transaccional.

no condenamos por anticipado, siempre que sea definida de modo preciso, que evite conflictos, que tenga un contenido equitativo, y que respete los derechos de España a mantener también en su zona otra interdependencia semejante.

Mas no debe olvidarse que para Túnez representaron los acuerdos de junio de 1955 un progreso en relación con los tratados del Bardo y La Marsa, porque aquel país, a diferencia de Marruecos, estaba totalmente protegido por Francia, carecía de un Estatuto internacional, y es más pobre y menos defendible.

## V

Con todo, admitiendo la utilidad del modelo tunecino, hay que recordar una realidad importante: si Francia pacta un nuevo régimen con el Sultán se limitará a la zona cherifiana. Mientras no lo siga otro similar con España se reafirmará la división del país. ¿No basta con las divisiones de Alemania, Corea y Viet-Nam para complicar el panorama mundial? Las divisiones seguidas de rivalidad son indeseables. Para conseguir esa «tunificación» de Marruecos, la política francesa, además de prodigar las sonrisas y los gestos como cambiar —por cuarta vez en dos años— al Residente General, ha manejado la palanca de adelantarse a «negociar» *a solas* con el Sultán. Nada de conferencias internacionales. Ni bajo los auspicios de la O. N. U., por ser una hipótesis erizada de obstáculos prácticos. Ni reuniendo a los «diez países» de Algeciras representados en Tánger; fórmula que aunque también ofrece sus dificultades, sería el único medio legal si se trata de modificar —contando con el libre asentimiento de Marruecos— al Estatuto de conjunto del Imperio y al especial de la Zona internacional. Y, por último, tampoco ha querido el Quai d'Orsay una conferencia tripartita (con Marruecos y España) que hubiera podido ser un método muy útil para adoptar medidas que afectasen a las dos Zonas —cherifiana y jalifiana— y a los derechos de los dos Estados protectores del Imperio. Huelga consignar cuán gratas resultaban esas conferencias al nacionalismo marroquí, que las pidió insistentemente, seguro de encontrar en ellas una garantía que temía no tener dialogando a solas con los franceses. Sin embargo «faute de mieux» el Sultán aceptó en París las negociaciones bipartitas, anunciando des-

pués su propósito de entrar en contacto con el Gobierno español. A nosotros no nos parece disparatado que siendo la zona cherifiana la mayor del Imperio y la regida personalmente por el Sultán, empiecen por ella las negociaciones sobre el futuro régimen de Marruecos. Sólo que al par que las negociaciones con Francia —y luego con España— del Sultán se imponen, por la fuerza de la realidad, las negociaciones franco-españolas. En 1955 los hechos nos han alejado rápidamente del anterior olvido de España.

La contumacia en mantener tesis periclitadas lustros atrás, se reveló todavía hace meses en las Notas del que fué Residente General Boyer de Latour, cuando en plena guerra del Rif —desarrollada en las cabilas ocupadas en la Zona jalifiana— venía a pedir que España ayudara militarmente a las tropas francesas, como en 1924, y que una posición española, vecina a uno de los puestos franceses enclavados en suelo jalifiano, «mantuviera el orden» en beneficio de los intrusos. Después de la reposición de Muley-ben-Yussef (silenciando que en la zona jalifiana siempre fué reconocido) algunos impacientes tantearon la posibilidad de conseguir del Sultán unos acuerdos que pudieran valer para todo el país, o al menos que les dieran base para pretenderlo. Más tarde esos mismos impacientes se contentaron con conservar la iniciativa, pensando que marcarían las pautas para un acuerdo ulterior para la zona jalifiana —lo que les envanecía— pero sabiendo que las ventajas que conservaran serían un precedente extensible a la zona jalifiana y a los españoles establecidos. En definitiva, y una vez más, los maquiavelismos exagerados son «boomerangs» a corto plazo, y por eso los españoles deseamos sinceramente que la lealtad y la cordialidad reinen entre los protectores y los protegidos en este momento difícil para todos.

## VI

Los aficionados a los paralelismos históricos han podido preguntarse mentalmente si la vuelta de Mohamed V en 1955, no se parecería a la de Fernando VII en 1814. La conducta de ambos monarcas en su desgracia fué bien dispar. El soberano alauíta se mantuvo, por lo que se sabe, decorosa y dignamente, y sería exagerado pensar que en Rabat vaya a mantener todos los supuestos compromisos que Ca-

troux le hiciera aceptar durante su cautiverio en Antsirabé. El soberano borbónico, que durante su cautiverio felicitaba a su secuestrador por las victorias que obtenía sobre los patriotas españoles, y le pedía la mano de una familiar, volvió a una España destrozada por enemigos y amigos —los «liberadores» ingleses, que volaban fábricas y quemaban pueblos— y hondamente dividida en dos bandos bastante equilibrados, los partidarios del viejo absolutismo y los constitucionalistas, igualmente miopes. El Marruecos cherifiano está tinto en sangre y llamea; pero aunque sus partidos, que polemizan entre sí, representen sólo a una minoría de la población, ésta está —quizá por primera vez desde el siglo XV— movida por ideales comunes, aunque tiene que probar que puede contribuir de modo solvente a hacerlos reales. El paralelismo histórico citado nos parece falso. Los peligros del momento son otros. Ya dijimos que si la diplomacia consiguiera mediante subterfugios lo que los aviones de reacción regalados por los norteamericanos no proporcionaron a los anteriores Residentes, el triunfo sería efímero: el pueblo marroquí no aceptaría los engaños. Temblamos en imaginar lo que su desilusión supondría en la práctica. Y no sólo como españoles vecinos del país marroquí, cuya evolución tanto ha influido en nuestra trayectoria. Como europeos, cristianos y occidentales. Pues lo que la propaganda comunista no ha podido conseguir directamente de un pueblo de fe ruda y sólida, puede lograrlo por la vía de la desesperación, si cree que el Occidente es lo que «*Présence française*» representó, o por lo menos que aquél la sostiene; y tenemos que confesar con pena que esto último ha sido bastante exacto. Porque sin perjuicio de practicar su tradicional doble juego privado, el *Foreign Office*, ha venido siendo un oficioso —aunque no desinteresado— vocero de las viejas tesis francesas en la O. N. U. y en la O. T. A. N. Y otras cancillerías de un doctrinario anticolonismo oficial han defendido los intereses de los grupos ligados a sus altas finanzas o a sus bases. Negar a Marruecos la justicia que pide, es empujarlo hacia las fuerzas del abismo, y poner en peligro la paz mundial. Cuando Foster Dulles vino a Madrid, debió de compartir este criterio, que el triste ejemplo de Palestina hace más indudable.

El otro peligro para Marruecos radica en los marroquíes. En que los partidos resulten ser grupos reducidos sin control sobre las masas ni equipos preparados para tomar muchas responsabilidades, ni

personalidades altruistas. Y en que las masas resulten estar como en 1907. Si ello fuera así, los marroquíes no podrían quejarse de que se les regatearan aspiraciones lógicas pero impracticables, y que la independencia fuera demasiado interdependiente.

## VII

Están equivocados quienes creen que defendemos la independencia de Marruecos por egoísmo, por «propaganda» o por llevar la contraria a otros países. Muchas veces intentamos —y acometimos— la colaboración francoespañola en el Magrib, y la mayoría no se nos hizo caso, o cuando se nos hizo fué breve, acabando en maniobras de sentido hostil o perjudicial. Ahora más que nunca podría ser muy útil esa colaboración en esta obligada fase de adelantamiento del país hacia su independencia; y queremos, en prueba de buena voluntad, esperar cierto cambio de mentalidad y de conducta en París y en Rabat. Las saluciones cambiadas entre Dubois y García-Valiño deben ser algo más que una práctica cortés. No; no es por discrepar de nadie por lo que defendemos la independencia de Marruecos. Ni tampoco por egoísmo.

Egoístamente, todo lo que nos ofrece —y no es poco— la independencia de Marruecos, es tener un vecino, que debe ser bueno, y que en todo caso será menos peligroso que una Francia hostil que nos limitara por el Norte y por el Sur, como la que nos suplantó en Orán y en las tierras a que se refería el Tratado *non-nato* de 1902. Debiera ser el futuro Marruecos independiente un buen aliado, solidario de España: el sentido común y las mutuas conveniencias así lo imponen. Y pudiera utilizar los servicios de técnicos, profesionales y hasta modestos trabajadores españoles, siguiendo la tradición que desde la época de las emigraciones andaluzas, hasta los modernos «renegados», proporcionó a Marruecos sus cuadros más selectos; incluso podría difundirse nuestra lengua, como antes de 1908. Pero no mucho más. Sabemos que hay países más ricos y más fuertes, con los que no podremos competir económicamente en ciertos aspectos del tráfico de Marruecos, una vez libre este país para comerciar. Que aparecerían terceras influencias no tan abiertamente hostiles como otras pasadas, pero no menos concurrentes, y más poderosas. Que

perderíamos posiciones y ventajas estratégicas y de poder en muchos aspectos; y que se suscitarían las fricciones lógicas en todos los vecinos, en torno a temas muy variados, como quizá las relaciones de Ceuta y Melilla con sus *hinterlands*. Y en definitiva, aunque sin grandes núcleos de colonos ni crecidas inversiones cuya suerte nos preocupe, Marruecos jalifiano representa las seis séptimas partes de la población que en Africa depende en algún modo de España. En la Unión Francesa, la merma del Marruecos cherifiano supondría menos de la séptima parte de su población y menos de la vigésima de su extensión. En cuanto a Inglaterra y los Estados Unidos —para no citar otros países— su «generosidad» hacia Marruecos es gratuita, y puede ser hasta negociable.

Defendemos ahora como siempre la independencia de Marruecos, a fuer de seguidores de Francisco de Vitoria, por creer que la justicia en las relaciones entre pueblos no es un motivo propagandístico, sino algo real que debe acometerse. Lo que queremos para nosotros —una España grande y libre— lo queremos también para nuestros vecinos de allende el Estrecho, sin pensar si ello «será negocio» o no, y aun pensando en que no lo sea: porque debe ser así. Porque España, el país «fascista» que dicen ciertos mercachifles de la «democracia» es más respetuosa que nadie con los sentimientos ajenos.

## VIII

Defender la Justicia no significa estar en el limbo, ni mucho menos. Conocemos las dificultades que encierra el tránsito desde la actual situación a la independencia real y completa, que naturalmente tiene que ser como la de todos los Estados actuales, interdependiente y solidaria con los grandes intereses de conjunto del mundo, y con las especiales del área regional en que se asienta Marruecos. No con lo de tal o cual país por el hecho de que éste haya ocupado especiales posiciones en el Imperio durante cuarenta y tres años. Ni siquiera sólo con los intereses de los marroquíes, por preferentes que sean. Pues no basta con que nosotros y los franceses seamos objetiva y justicieramente realistas: los marroquíes también han de serlo, y si no lo fueran, facilitarían los propósitos de quienes quisieran esca-

motearles las bellas promesas a la hora de convertirlas en estrechas o ficticias realidades.

Hay muchos pueblos que son independientes y están menos preparados que Marruecos, e incluso algunos son miembros de la O. N. U. Hay Estados libres con masas de menor nivel cultural, con menos riquezas y con menos posibilidades de dirigirse por sí solos. No damos nombres por no herir susceptibilidades, más los lectores pueden evocarlos fácilmente. Pero la posición y los recursos de Marruecos no le permiten el lujo de otros países de cultivar, con escaso riesgo, el atraso, el aislamiento y la barbarie. Los obstáculos a la independencia de Marruecos, en parte arrancan de las masas incultas y de las tierras sedientas del Imperio, pero se deben también a otras circunstancias que deben neutralizar los jefes marroquíes si quieren que fructifiquen sus esfuerzos. En materia internacional los saltos son *siempre peligrosos* —*pues abundan las emancipaciones turbulentas que concluyeron en vasallajes, no por anónimos, mejores que el pasado—* y la evolución cautelosa es preferible. Los ejemplos de la prolongación del terrorismo, inducen a reflexión, a todos, y más que nadie a los jefes marroquíes que empiezan una muy difícil tarea.

Ciertamente: desde 1912 se ha perdido un tiempo precioso, y ante la lógica impaciencia marroquí hay que quemar las etapas. Pero hay que saber quemarlas, delimitando muy bien lo que se puede abolir fulminantemente —ingerencias en asuntos puramente domésticos— de lo que sólo hay que modificar —formas de la asistencia técnica y económica— y de lo que transitoriamente —como la vinculación en materias exteriores y mixtas— tiene que ser conservado aún. Que de todo hay en el tránsito de la forma de dependencia llamada «protectorado» a la independencia «interdependiente». Repetimos: si los marroquíes moderan sus ansias conteniendo cualquier estallido, si aunan sus miras, y las saben hacer razonables, es decir, realizables, dando su ejemplo constructivo en las oportunidades que la etapa de tránsito les pondrá a su alcance, ganarán mucho los demás interesados también. Huelga añadir que es imperioso que ninguno de los tres pueblos interesados caigamos en ilusiones de alcance peligroso. Cuando vemos que los dirigentes marroquíes quieren «modernizar» su vieja monarquía teocrática y absoluta —la Edad Media europea en el siglo XX— creando otra democrática, con asambleas electas y divi-

sión de poderes y garantías para todos, aplaudimos el propósito, pero nos preguntamos si no supondrá mucho tiempo y largos tanteos no siempre suaves. Tanto más largos cuanto más impulsivos sean.

## IX

Por otra parte, aquí no vamos a esquematizar nuestro pensamiento sobre las modalidades del tránsito, que con repasar otros escritos nuestros anteriores puede encontrarse abiertamente; además ello exigiría un nuevo libro y no un artículo. Nos limitamos a decir que es inútil que nadie pretenda torcer o estancar, y menos hacer retroceder la evolución del problema marroquí, tal como está al entrar en sus nuevas fases; y que sería peligroso que alguien intentara acelerar exageradamente esa evolución convirtiéndola en explosiva. El discurso del Sultán en Rabat anunciando el fin del período de tutela, el futuro Marruecos modernizado y una próxima negociación, y sus gestiones para crear un Gobierno representativo suscitan una interrogante atención. Como la declaración del Gobierno de Si Bekkai.

El problema arduo, ciertamente, será pacíficamente soluble de forma aceptable para todos los interesados y especialmente para los tres principales: Marruecos, España y Francia. Como no será soluble es creyendo que se puede prescindir de alguno de los tres o que uno imponga a los otros dos un criterio unilateral. El que se atreva a intentar lo contrario no tardaría en pagar su error. Un error trágico para la interdependiente paz del mundo.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES

NOTA DE LA REDACCIÓN.—El anterior artículo fué escrito antes de conocerse las declaraciones de S. E. el Jefe del Estado al Director de la Agencia Efe que publicó la prensa española y que se reproducen en TEXTOS. Al hacerlo constar así, la Redacción se complace en apreciar la espontaneidad con que cualquier español expresa la tesis que España sostiene frente al problema marroquí y que ha sido definida de modo irreprochable por la más alta jerarquía del Estado.

